9219

MIGUEL MIHURA y MIGUEL REY

LO QUE NADIE QUIERE

COMEDÍA

EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL

Copyright, by Mihura y Rey, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa 12
1909

A mi amigo y paisano José Romero recuerdo de su afto

Ossiburu

10-1-909. Madrid.

LO QUE NADIE QUIERE

250936

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LO QUE NADIE QUIERE

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MIGUEL MIHURA y MIGUEL REY

Estrenada en el TEATRO ROMEA la noche del 19 de Diciembre de 1908

FOTOGRAFÍAS DE **D. Alessanco**

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A nuestro excelente y cariñoso amigo

Francisco Arenas Guerra

como testimonio de afecto inquebrantable de sus incondicionales,

Miguel Mihura y Miguel Rey.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGELA	Srta. Valdivia.
PEPITA	Ezquerra.
DOÑA PURIFICACIÓN	Sra. Corona.
EFIGENIA	Montalt.
CARLOTA	Ester.
PADRE MEDINA	Sr. Castilla.
JUAN DE DIOS	Palacios.
DON JUSTO	Brochado.
DON ANTONIO	López-Benety.
MANUEL	Sampayo.
CHANO	Valero.

Época actual.—La acción en el balneario de Aguadulce, en una serranía de Andalucía

ACTO UNICO

Representa la escena el compartimiento de una galería de la planta baja del balneario de «Aguadulce», en Andalucía. Al foro, grandes vidrieras, viéndose á su través el campo y la lejana sierra. A la derecha, dos puertas; una pequeña, en primer término, que da acceso al despacho del médico del establecimiento, y otra grande que es la de entrada. A la izquierda, en rompimiento lateral, columnas que limitan la escena, suponiéndose que continúa la galería hacia ese lado. Una mesita-velador á la izquierda, con periódicos y revistas. Mecedoras y sillería ligera convenientemente repartidas.—Es de día, por la mañana.

ESCENA PRIMERA

EFIGENIA, CARLOTA, PADRE MEDINA y DON ANTONIO. Las dos primeras y el Padre Medina, sentados á la izquierda, forman un grupo. Don Antonio, á la derecha, está sentado en una mecedora leyendo un periódico.

P. MED. (Riendo como resultado de una festiva conversación que tiene con Efigenia y Carlota.) ¡Je, je, jel... ¡Qué diablural... ¡Vaya una ocurrencia la de esta picarilla! (Por Carlota.)

CAR. No; la ocurrencia fué de mi hermana.

EFIG. Eso no es verdad. Fuiste tú, tú solita quien escribió las tres cartas citando á la misma hora á Arturo, á Gumersindo y á Ernestito.

CAR. ¡Buenas nos pusieron!

EFIG. Arturo, especialmente, estaba enfurecido.

CAR. Y decía: «¡Valientes señoritas!» ¡Pero con un tono! ¡Ja, ja, ja!

EFIG. ¡Pues esos son nuestros mayores pecadillos! No nos condenaremos, ¿verdad?

P. MED. No. Esas tonterías no se castigan con el fuego eterno, pero siete años de permanencia en el limbo, no os los quita nadie. (Ellas ríen estrepitosamente.) (Tenía razón Arturo. ¡Valientes señoritas!...)

CAR. ¡Ah!... Y de otra falta un poco más grave, también tenemos que acusarnos.

P. MED. Venga. Hora es de confesión general, hijas mías.

CAR. Pues fué que una noche, desobedeciendo á papá, cuyos altos sentimientos religiosos usted bien conoce, fuimos al teatro.

EFIG. (Riendo mucho.) ¡Qué chasco, padre Medina, qué chasco!

P. MED. (También festivo.) ¡Uf!... ¡Pecado mortal! ¡Ya me estais oliendo á azufre.

CAR. Mamá tuvo la culpa.

P. MED. ¿Cómo?

CAR. Sí, señor.

EFIG. Por complacernos.

CAR. Y por ir á ver la función... ¡Pues poco que le gusta á ella contradecir á papá en todo!...

EFIG. Ello fué que no nos dejaban ir al teatro, porque papá dijo que la tal funcioncita era muy inmoral.

CAR. Sí, eso dijo; y, además, que no debía ir á verla ninguna persona decente... ¡Y claro!... Despertó la curiosidad en casa y...

EFIG. Y resultó una ñoñez. Tanto nos la exageraron que...

CAR. A mí no me hizo impresión alguna.

P. MED. Pero... ¿qué función era?

EFIG. Una piececilla inocente y sosa... *La alegre trompetería.*

CAR. ¡Lo único gracioso fué lo de papá!

P. MED. ¿Qué?

CAR. ¡Que estaba en la segunda fila de butacas aplaudiendo á rabiar «La Regadera.»

P. MED. ¡Vaya, menos mal! (Sigo diciendo con Artu-

REC NOU

ro que son muchas señoritas las señoritas estas!)

ANT. (Dejando de leer.) ¡Padre Medina!

P. MED. Mande usted, doctor.

ANT. Aquí hay una noticia que le interesa á usted.

P. MED. ¿Se refiere á algún remedio eficaz contra el reuma?

ANT. No.

P. MED. Pues entonces poco ó nada puede interesarme.

ANT. Está usted en un error, porque habla de la formación de un gran partido político que se denominará «La Unión Católica». ¿Qué? ¿Le interesa á usted ó no?

P. MED. (Meditando.) ¿Político y católico?... ¡Hum!... (Mueve la cabeza con desconfianza.)

ANT. ¿Desconfía usted?

P. MED. Sí. A mis años se desconfía de todo, y mucho más de esas amalgamas. Siempre he creído que la religión y la política guardan entre sí la la misma relación que los abanicos japoneses y las sardinas de la Coruña.

ANT. (Sonriente.) ¡Oh!... ¡Qué buen humor!

P. MED. Lo digo en serio. La religión es paz, la política es guerra, y guerra de las peores; encubierta, traicionera y de encrucijada. ¿Cree usted, doctor, en la afinidad de dos elementos tan opuestos?

ANT. Los extremos se tocan.

P. MED. ¡Bah! Esa es una frase hecha que no prueba nada, y si quiere usted discutir, pongamos ejemplos. Vamos á ver, tú, Efigenia, y tú, Carlota, para que entre los tres confundamos al doctor, ¿creéis posible que vivan unidos el sentimiento del amor y el afán impuro de la codicia?

ANT. ¡Vaya un ejemplo!

P. MED. Está bien puesto, porque de cosas sublimes y de cosas mezquinas se trata. Sublime es la religión como sublime es el amor, y tan mezquinas son las luchas de partido como las ideas de lucro. Puntualicemos. (A Carlota.) ¿Cuál es tu ideal? ¿Un joven enamora-

do, soñador, galante y sin una peseta, ó un ser de bajo vuelo, ruin y codicioso, que tuviera muchos millones de duros, pero ni un átomo de generosidad ni de nobleza? (A Efigenia.) Y tú ¿á quién escogerías?

EFIG. (Pensativa.) Yo...

CAR. Yo al término medio.

P. MED. ¿Eh?

CAR. Sí. Yo escogería al joven soñador y enamorado, si tenía unos cuantos millones.

EFIG. ¡Eso, eso! ¡Y yo, y yo!

ANT. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Derrotado!

P. MED. Pero...

ANT. ¡Vea usted como han encontrado ellas la fórmula de unir lo mezquino y lo sublime, lo divino y lo humano. (Levantándose.) Eso es lo práctico, padre Medina. Lo otro es soñar y vivir fuera del mundo.

P. MED (Cachazudo.) Bueno. Pues sigan ustedes pensando así, que yo seguiré viviendo á mi manera. Pero por este camino (A ellas.) estad seguras de que no me veréis nunca en la segunda fila de butacas aplaudiendo «La Regadera.»

ESCENA II

DICHOS, DOÑA PURIFICACIÓN y DON JUSTO, por la izquierda. Son los padres de Carlota y Efigenia.

PUR. Santos y buenos días.

JUS. Muy buenos y muy santos.

ANT. (Irónico.) ¡Cómo se madruga! ¡Las diez y media!

PUR (Acercándose á don Antonio.) Este que me ha dado una noche de perros.

P. MED ¿El estómago?

JUS. El estómago, y los riñones, y la cabeza, y todo.

ANT. Alteraciones propias de los primeros días de estancia aquí.

JUS. A eso lo atribuyo, y sigo creyendo en la efi-

cacia de estas aguas. (A don Antonio.) No dirá usted que hago un mal enfermo.

ANT. ¡Cá, no, señor! Usted y todos los que visiten este modesto balneario serán los mejores propagandistas del manantial de «Aguadulce». ¡Qué aguas, señores! Lo curan todo; el reuma, las afecciones cardíacas, las del aparato respiratorio, las dolencias del hígado, los fenómenos nerviosos... ¡todo, todo!... Son las aguas del porvenir, y «Aguadulce» será un venero célebre entre los más célebres de España.

P. MED. Amén, por lo que á mi reuma toca.

EFIG. Y diga usted, doctor: ¿es también neurastenia lo que padece la señorita madrileña que vino el lunes?

ANT. No. Es una depresión moral que ha originado una leve afección cardíaca.

PUR. ¡Malo!...

ANT. ¿Por qué, doña Purificación?

PUR. Porque á su edad y con el corazón enfermo dan ganas de creer que no se trata de una señorita, sino de una heroina de folletín.

EFIG. ¡Qué misteriosa es!

JUS. Pero muy guapa.

PUR. ¡Sí, guapa!... Quítenle ustedes esos peinados extravagantes, esos trajes de corte parisién, esos corsés modernistas y esas nubes de encajes que luce en la ropa interior, y á ver que queda.

JUS. ¡Hombre!... ¡Si le quitaran todo eso!...

PUR. A mí no me gusta ni pizca.

EFIG. Ni á mí.

CAR. Tiene un tipo...

PUR Parece una aventurera.

EFIG. Y puede que lo sea. A Juanito de Dios ya lo ha vuelto medio tonto.

JUS. ¿A quién?

CAR. A ese muchacho hijo del dueño del cortijo que linda con el balneario.

PUR. ¿Sí?

EFIG. ¡Anda!... ¿Pero no lo sabes, mamá?

PUR. Ni una palabra.

EFIG. Pues es evidente. Desde ayer, sobre todo,

Juan de Dios casi no me mira ni me galantea, ni...

PUR ¿Obsesionado por esa Angelita?

EFIG. Disparado por ella desde que la vió.

PUR. (Como asustada.) ¡Oh!... ¿Lo ven ustedes? ¡Si tengo yo una nariz!... Esa es una doña cualquier cosa.

P. MED (Interviniendo.) ¡Vamos, doña... Purificación! ¡Caridad, caridad con el prójimo!

PUR. No se trata de un prójimo, padre Medina, sino de una prójima

P. MED. Todos somos hermanos y no hay que aventurar juicios temerarios. Angelita es muy buena, tiene un corazón muy hermoso, es correcta, delicada, sociable...

PUR. Demasiado. A mis hijas no las deja ni á sol ni á sombra.

P. MED ¿Y qué?... ¿Ha observado usted algo que la haga sospechosa á sus ojos?

PUR No; todavía no.

CAR. Con nosotras se limita á hablar, hasta ahora, de cosas honestas... ¡Es más insípida!...

EFIG. Siempre está á vueltas con el paisaje, y con la sierra, y con este cielo andaluz. Dice que es ésta la región más hermosa del mundo y que aquí quiere vivir y morirse.

PUR. ¡Miren la romántica!

JUS. Eso será porque siente el arte.

PUR Sí; pero hay que averiguar qué clase de arte es el que siente.

ANT. En fin... ¿bajamos á las Cabrerizas?

PUR. Ahora mismo. Yo no me quedó sin mi tazón de leche. Niñas, ¿vamos? Usted, padre Medina, ¿nos acompaña hoy?

P. MED. Con el espíritu, porque mis piernas no me permiten otra cosa, á pesar de que estas aguas sirven para todo, como dice el doctor. . y yo creo.

ANT. ¡Ya me lo dirá usted!

PUR Pues vámonos. Anda, Justo. (Todos se disponen á salir.) ¿Doctor? ¡Su brazo!...

ANT (Ofreciéndoselo.) Con mil amores.

PUR. (Muy insinuante.) ¿Mil? ¿Para qué tantos? (Vanse)

JUS. Hijas, colgaos de aquí para bajar la cuesta. (Ellas se cogen de ambos brazos de don Justo.) Cuesta abajo vamos, padre Medina.

P. MED. ¡Quién sabe!

JUS. Pero Dios nos acompaña.

P. MED. Así sea, que buena falta hace el Todopoderoso para no despeñarse.

CAR. Hasta luego, padre Medina.

EFIG. Hasta luego.

P. MED. Adios, hijas mías. (Vanse por la derecha.)

ESCENA III

PADRE MEDINA; luego PEPITA, criada de la fonda del balneario

P. MED. Sí, id con Dios, y que el favor del cielo os ayude á bajar esas y otras cuestas. ¡Qué familia tan extraña! Parece gente piadosa y buena, pero... (Saca un pequeño breviario.) Recemos... (Abre el breviario y se persigna.) «*Deus in adjutorium meum intende...*» (Sigue el rezo entre dientes. Pausa.)

PEP. (Por la izquierda. Es una joven lugareña andaluza. Trae un libro en la mano.) ¡Se han dío! (Reparando.) ¡Ah, que está aquí er pare cura! (Se le acerca.) ¡Pare! ¡Pare!

P. MED. (Viéndola.) ¿Eres tú?

PEP. (Habla á media voz y con respeto.) Yo mesmita. ¿Se han dío las señoritas esas?

P. MED. ¿A qué señoritas te refieres?

PEP. A las del veintitrés y veinticuatro. Las der de la Junta.

P. MED. ¡Ah! Efigenia y Carlota. Sí, han salido.

PEP. Po entonse...

P. MED. ¿Qué? ¿Les ibas á decir algo?

PEP. No. A darle esto. (Por el libro.) Al arreglarles ahora la habitación me encontré debajo de la cama de la mayorcita este librillo y... Se conoce que se queó dormía leyendo; y si aluego no parece, no quieo yo que me echen la culpa. ¿Comprende usté? Porque yo seré probe, pero no me queo con ná dé naide.

P. MED. Y... ¿de qué trata ese librillo?

PEP. No sé, pae cura... ¡Como yo no entiendo de letras!... Serán cosas de rezos y de santos.

P. MED. ¡A ver, á ver! (Pepita se lo entrega.)

PEP. Ella es mu güena y mu beata, y su hermana lo mesmo y su mare y su pare lo mesmo.

P. MED. (Después de examinar el libro, aparte y con asombro.) ¡Jesús! ¡*Cuentos de Boccacio*! ¡Qué perversidad de criatura!

PEP. ¿Es cosa de iglesia, verdá usté?

P. MED. (Disimulando.) Sí. Es el *Camino recto y seguro para llegar al Cielo*. Un librito piadoso. (¡Dios tenga piedad de ella!).

PEP. ¿Lo ve usté? Ya he dicho que es gente muy buena y que no tiene ná que ve una cosa con otra. ¡Tó es cuestión der tiempo!

P. MED. ¿Del tiempo? ¿A qué te refieres?

PEP. A cuatro cosillas que hacen que no son rigulares.

P. MED. (Algo severo.) ¿Eh...? Pepita, no seas habladora.

PEP. Es de verdá, pae cura. La señorita mayó, la... Frigenia, esa del libro, es mu comprometeora, y yo la he visto con el señorito Juan de Dios más amartelá que una paloma y dándole arrempujones pa que él, que es mu corto, se le arrancara.

P. MED. ¡Pepa!

PEP. ¡Es de verdá!... ¿Pó y la señora? Siempre detrás de don Antonio er médico, con el achaque der doló nervioso... ¡La que á mí se me vaya...!

P. MED. ¡No seas maldiciente ni mal pensada, muchacha!

PEP. ¡Que le digo á usté que es verdá! Y er señó don Justo, con toa su cerimonia y tóo, frita me tiene á pellizcos... ¡Er mejón día lo espampano!

P. MED. ¡Jesús, Jesús, qué cosas se oyen!

PEP. Por eso digo yo que esto es cuestión der tiempo, porque se pué sé mu güen cristiano y mu beato y dejá que la sangre haga lo suyo en este rebullí der finá de primavera.

P. MED. Sí, hija mía. Es lo que tú dices y no acha-

ques á malas causas las rarezas de esa honrada familia.

PEP. Por mí, que los jagan santos.

P. MED. Te puedes ir, Pepita. Déjame rezar.

PEP. ¿Y el libro?

P. MED. Yo se lo daré á la señorita y le diré que tú lo encontraste. No te quedarás sin propina, no.

PEP. Güeno. Pó hasta luego, pae cura.

P. MED. Adiós.

PEP. (Volviéndose repentinamente después de haber indicado el mutis.) ¡Ah! Y no se fíe usté de la más chica, porque se las trae...

P. MED. ¿También esa?... Pues, hija mía, ya nadie te queda más que yo... ¡No vayas á *decirme* algo de mí!

PEP. ¡De usté, no señó! ¡Es usté un santo! Así fueran tós los curas iguales. Entonces sí que me dejaba mi novio confesarme... ¡Pero hay argunos!...

P. MED. ¡Vaya! (Algo severo.) ¡Déjame, déjame rezar!

PEP. Ya me voy, pero coste que la más chica también se las trae... ¡de verdá! ¡Pó si tengo yo una vista pa eso!... (Yéndosé.) ¡Superió es el arma mía con er tipito ese de santa!... ¡Sí, santa! ¡En los infiernos las hay mejores!... ¡La que á mí se me vaya!... (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

PADRE MEDINA; luego ANGELA

P. MED. Y es verdad. ¡La que se le vaya á ésta!... Cuidado si la tal Pepita es lista. Demasiado, por desgracia. Fortuna suya es que no sabe leer; si no, los *Cuentos de Boccacio* dan la vuelta á la campiña y hacen en ella más estragos que la langosta. (Contemplando el libro.) ¡Bueno está! ¿Esas tenemos, señorita Efigenia? ¿De manera que en vez de rezar una Salve pidiendo al cielo un sueño casto y re-

parador, se enfrasca usted en estas impudicias? ¿Pues y don Justo, el cristiano señor secretario de la Junta provincial de Beneficencia, el hombre recto, entreteniéndose en pellizcar á la criada, mientras su piadosísima esposa le hace perder las recetas al no menos dignísimo médico del establecimiento? (Se guarda el libro y se levanta con dificultad para marcharse, apoyándose en un bastón que tendrá á su alcance.) ¡Oh! ¡Aquí quisiera yo hallar á nuestro buen Padre San Agustín, á ver qué se le ocurría en presencia de este «rebullir de la sangre», como dice Pepita! En fin, vámonos á un lugar tranquilo á hablar con Dios y recemos para alejarnos de las mise rias humanas.

ANG. (Por la izquierda. Es joven, muy elegante y de aspecto muy distinguido.) ¡Padre Medina! (Corre á su encuentro, estrechándole efusivamente las manos.)

P. MED. (Regocijado.) ¡Señorita Angela!

ANG. ¿Se marchaba usted?

P. MED. Sí. Iba á buscar un rincón sosegado, donde continuar mis oraciones.

ANG. ¡Ah! Pues le dejo.

P. MED. De ninguna manera. Luego, luego rezaré. (Sentándose nuevamente.) Son las horas canónicas, y en todo el transcuro del día tengo sobrado tiempo. (Indicándole un asiento cercano al suyo.) Vaya, siéntese usted y charlemos un rato como buenos amigos.

ANG. (Sentándose.) Como buenos amigos es poco.

P. MED. ¿Poco? Pues asígneme usted otro título cualquiera. Con tal de serle á usted útil, acepto el papel de padre, y hasta el de abuelo. El de tío, no.

ANG. Bueno. Pues tráteme usted paternalmente, y quiérame mucho y compadézcame mucho.

P. MED. Quererla, sí, como á una hija predilecta; pero ¿compadecerla? ¿á usted? Los malos son los que necesitan conmiseración, Angelita. Usted, no. Usted no es mala.

ANG. (Turbada y bajando la voz.) Soy más que mala. Soy perversa.

P. MED. (Con asombro.) ¿Usted? (La mira. Ella baja la cabeza. Pausa. Transición, alzando la vista al cielo.) ¡Dios mío, Dios mio! ¡Paz y tranquilidad á los espíritus conturbados! (Otra pausa y otra transición, hablándole ahora con ternura.) Angela, hija mía. (Ella dolorida, alza un poco la cabeza, revelando tristeza y angustia.) Confíe usted en la misericordia de Dios. Alce usted su frente y pida consejos á mi ancianidad. Sí; usted

está sosteniendo una tremenda lucha. Veo el fondo de su alma de usted á través del cristal de sus ojos, y hay en ella sentimientos nobles, vacilaciones crueles, cosas obscuras... (Angela llora.) ¿Ve usted? Esas lágrimas son de dolor, son de arrepentimiento. Déjelas usted correr limpias, tranquilas y purificadoras, y verá usted cómo se aligera de sombras y de pesadumbres su corazón

generoso. ¿Qué quiere usted de mí? ¿Qué quiere usted de este pobre sacerdote?

ANG. ¡Padre!

P. MED. Hable usted. Es decir... ¡habla, habla, hija mía! ¡Yo no soy tu censor! Permítele esta confianza á mis canas y á mi afán por tí, pobre niña.

ANG. (Reaccionando.) ¡Sí! No deseo otra cosa sino inspirarle á usted un poco de interés y de compasión por mí. Tras de aquellas montañas, (Señalando al foro.) sierra abajo y á la orilla del río, hay una aldea risueña, de blancas terrazas y de casitas que parecen copos de nieve al divisarse sobre el valle desde los altos picachos de la serranía.

P. MED. Los Cañaverales. Conozco ese pueblecito. Es uno de los rincones más bellos de Andalucía.

ANG. Pues de aquel rincón huyó hace diez años una mala hija, una moza rústica y bárbara, que soñó con grandezas y fastuosidades, no encontrando en el paisaje encantos suficientes. Referencias de otro mundo, noticias de la corte que confusamente llegaron hasta ella, la aturdieron y la trastornaron primero, después la envilecieron.

P. MED. ¿Y esa moza?

ANG. Esa moza huyó y rodó como un guijarro por un despeñadero. Madrid fué el centro de sus aventuras, de sus demencias; y en el torbellino de vértigos ciegos y de delirios perturbadores, ni una sola vez logró penetrar el recuerdo suave de la aldea, posada á orillas del río como bandada de palomas, ni la visión acusadora de dos viejecitos llorando y muriéndose de dolor y de vergüenza.

P. MED. Sigue, hija mía, sigue.

ANG. Una noche, noche de fiestas indescriptibles, cegada por las mil luces del salón, aturdida por el revuelo de las parejas que bailaban al son de la orquesta y por el continuo estallido de las botellas de champán, la rústica moza danzaba ebria entre los brazos crispados de un condesito, nuevo en lid de amo-

res, que se asomaba al mundo y era absorbido por la tromba de la orgía. Otro amante, no menos conde pero sí más desdeñado, sintió la humillación, atropelló los grupos, se abrió paso entre la ola de encajes y sedas y haciendo frente á la aventurera de los Cañaverales, levantó el brazo y la abofeteó bárbaramente.

P. MED. (Con horror.) ¡Jesús!

ANG. Aquel oprobio, aquella afrenta, fué el rayo de luz que penetró como un puñal de dos filos en el alma de la infeliz moza, alumbrando las concavidades de su conciencia y haciéndola despertar. Nadie volvió á ver á la alegre aventurera, á la protagonista del escándalo del baile. Ella, meses después, huía de Madrid protegida por las sombras, aleteando como un ave nocturna hacia estas montañas, en busca de los viejecitos que lloran en los Cañaverales, encerrados por el dolor en una de las casitas que parecen copos de nieve, vistas desde los picachos de la serranía.

P. MED. (Afectadísimo.) Con Dios venga si su arrepentimiento es sincero.

ANG. ¡Oh, mucho! ¡Y purificado por el dolor!

P. MED. Pues serás dichosa. Más pecadora que tú fué la Magdalena y se salvó.

ANG. ¿Me perdonarán mis padres?

P. MED. Sí, porque yo iré contigo y yo penetraré en la humilde casita solicitando para tí lo que Dios ya te ha otorgado: el perdón de tus extravíos. Esta misma tarde, si quieres, cruzaremos la sierra.

ANG. (Con viveza.) ¡No!... Mañana, pasado... ¡Cuando yo le avise á usted!

P. MED. ¿Esperas algo aquí?

ANG. Necesito reposar, saturarme de ambiente campesino, acostumbrarme al trato de la gente buena. Efigenia y Carlota, esas amiguitas mías, que son modelos de inocencia y de candor, están haciendo eficacísima esta especie de gimnasia moral á que me he entregado.

P. MED (Con cierta intención.) ¡Ya, ya! ¡Pero no conviene abusar de la gimnasia! Creo lo mejor que mañana al rayar el día vayamos á los Cañaverales.

ANG. (Pensativa.) Bueno, sí; mañana. Como usted quiera, padre mío. (Hay tiempo. Hoy descifro yo el enigma que encierra Juan de Dios en su corazón. Hoy lo sabrá todo.)

P. MED. (Que durante este aparte queda mirando hacia la izquierda.) ¡Apropósito! Allá cruza Chano la galería. (Llamando.) ¡Eh!... ¡Chist! .. ¡Ven!...

ANG. ¿Qué va usted á hacer?

P. MED. Encargarle dos cabalgaduras para atravesar el monte. (Se levantan.)

ANG. (¡Mi deber es confesárselo todo á Juan de Dios antes que pueda quererme!)

ESCENA V

DICHOS y CHANO, rústico criado del balneario.

CHANO Mu güenos días, señó cura. Mu güenos días, señorita.

ANG. Hola, Chano.

P. MED Dios te los dé muy buenos.

CHANO ¿Quería usté argo?

P. MED. Sí.

CHANO Usté mande.

P. MED. Escucha. ¿Hay por estos contornos alguien que pueda proporcionarnos dos bestias para una excursión á los Cañaverales?

CHANO Ahí á la verita, en las Armenillas. Mulas, burros, yeguas... ¡lo que usté quiera!

P. MED. De modo que avisándolas ahora mañana al alba las tendrán listas, ¿eh?

CHANO Como si las quié usté drento e diez menutos. ¡Totá na! Jecharle las jamugas ensima, apretujarle la sincha y darle un cocotaso ar sagá... ¡Un güelo!

P. MED. Perfectamente.

CHANO ¿Las aviso?

P. MED. Sí. Para mañana al salir el sol.

CHANO ¿Va dí también la señorita?

ANG. Los dos. El señor cura y yo.

CHANO (¡Valiente pareja!) ¡Güeno! ¿Mandan ustés argo más?

P. MED. Nada, hijo.

CHANO Po con Dió. Ya no gorveré hasta que venga er coche del balneario. Está ar llegá y con eso me ajorro subí la cuesta.

P. MED. Haces bien. Adiós.

CHANO Que haiga salú. (Yéndose.) (¿Y qué será lo que se le habrá perdío á esta gente en Cañaverales? ¡Allí no hay más que arcausiles!) (Vase.)

P. MED. No lo pensemos más, hija mía. Desecha temores y confía en mí. Es decir, confía en Dios y espéralo todo de su misericordia divina. (Aparte muy afectado y enjugándose á hurtadillas las lágrimas.) ¡No puedo más! ¡Me voy para que nadie vea llorar á un padre cura! (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

ANGELA

(Viendo marchar al Padre Medina.) ¡Alma generosa!... ¡Se vá llorando! Y no serán esas las últimas lágrimas que hará derramar mi presencia en la serranía. A mares llorarán mis padres mañana. (Pensativa.) ¡Mañana!... Ha debido ser hoy, ahora mismo, cuando voláramos al encuentro de los viejecitos, para arrodillarme yo ante ellos y pedirles perdón besando el suelo que pisan. ¡Ay!... ¡Maldita la que ha nacido para amar, porque es el amor, todavía el amor, lo que aquí me clava y me detiene!... Ese mozo, cuyo temperamento refleja toda la rudeza bravía de estos montes, me ha hecho abrigar una esperanza, la última de mi vida. ¡Qué feliz sería yo, esclava de ese hombre, reina de sus cortijos, pisando descalza las eras y yendo á los manantiales con el cantarillo al brazo, como lo hacía cuando niña! (Transición doloro-

sa.) Pero... ¿cómo borrar el pasado, ese funesto pasado mío? (Reaccionando.) ¡Con amor, sí!... ¡Con amor grande, con amor infinito! (Más alegre y esperanzada.) ¡Sí, sí!... ¡Yo quiero redimirme!... ¡Yo quiero ser buena... y lo seré! (De pronto, efecto de haber oído un ruído extraño.) ¿Eh?... (Presta atención hacia la derecha.) En el zaguán ha entrado un ginete. ¿Será él? (Corre á asomarse. Luego transformada por la alegría.) ¡Sí, es Juan de Dios! ¡A caballo viene en su yegua torda! (Observando.) ¡Ya desmonta! (Quitándose de la puerta y yendo á sentarse á la izquierda.) Aquí le aguardo aturdida y confusa. Sondearé su alma de niño, á ver si la mía encuentra en ella mi última esperanza en la tierra. (Coge una revista y finge estar entretenida con sus ilustraciones.)

ESCENA VII

ANGELA y JUAN DE DIOS. Es joven; viste lujoso traje de campesino andaluz

JUAN (Por la derecha. Avanza algunos pasos y se detiene al ver á Angela.) (¡Allí está!) ¿Se pué pasá?

ANG. (Fingiendo sorpresa agradable.) ¡Ah!... ¿Es usted? ¿Qué hay, Juan de Dios?

JUAN (Confuso.) ¡Pues na!... Que salí á da er paseíllo y... ¡na!... Aquí me trajo la yegua.

ANG. Como todas las mañanas.

JUAN Sí. Se conoce que el animalito le tié querencia á los baños de «Aguadulce».

ANG. Hay animales muy sabios.

JUAN Argunos arcansan más que las personas.

ANG. Por ejemplo, su yegua de usted, que sabe traer siempre á su amo á tiempo de ser bien recibido.

JUAN (Sonriente.) Muchas gracias, señorita. (Después de unos momentos de vacilación.) ¿Me siento?

ANG. (Festiva.) ¡Sí, hombre!... ¡Y cúbrase usted! (Juan de Dios tiene puesto el sombrero.)

JUAN (Dándose cuenta y quitándose el sombrero rápidamente; procurando sonreirse.) ¡Qué cosas tiene usté,

Angelita!. . ¡Cómo se sabe usté pitorreá con su finura, de la gente der campo!

ANG. No, eso no. Pero... ¡acérquese usted más! ¿Es que le da á usted miedo de mí?

JUAN (Arrimando la silla todo lo posible.) Qué se yo si es mieo, pero la cosa es que cuando me arrimo mucho á la vera de usté, tengo que serrá los ojos.

ANG. ¿Por qué?

JUAN Porque me sucede una cosa así como si fuera á caballo bordeando un barranco. Y pa no caerme ¿sabe usté? pa que la vista no se me vaya ar fondo, pó aprieto las cejas, cierro los ojos y listo.

ANG. ¡Vamos, hombre! No sabía yo que era para usted un abismo.

JUAN Es que hay muchas clases de abismos. En los que tienen peñascales como cuchillos, no quisiera yo caerme; pero en los que están sembraos de rosas en er fondo, ningún cuidao se me daría á mí de que me tiraran de cabeza.

ANG. ¿Y si se lastimaba usted?

JUAN ¿Contra las rosas?

ANG. O contra las espinas.

JUAN ¡Bah!... ¡Un arañaso más ó menos! ¡Po tuviea que vé que la gente se queara sin er gusto de tené una fló por aquello de que se iba á pinchá ar cogerla!... Yo, misté como soy, si viera en la mitá de un tajo una mata de violetas y se me antojara tenerla pa mí, pa mí solo, arañando las piedras como un gato montés me vería usté subí y arrancá la mata aunque ar bajá pusiea er pié en farso y me hisiera peasos roando como una pelota. ¡Pero me arrecogerian con las violetas en la mano! ¡Eso sí!...

ANG. (Suspirando.) ¡Ay! (Queda pensativa, Juan la observa.)

JUAN (Después de unos momentos.) ¿En qué está usté pensando?

ANG. (Como despertando.) ¡En el gato montés! (Pausa embarazosa.)

JUAN (Por decir algo.) ¡Las cosas der mundo!

ANG. (Idem.) ¡Sí!...

JUAN Po sí señora, como le iba á usté diciendo; que salí der cortijo monte arriba, y pa no perdé la costumbre me colé aquí. Ahora me alegro, porque estamos solos y le voy á usté á desí una cosa.

ANG. (Animándose.) ¿Una cosa?

JUAN Sí, pero no se asuste usté que no tié na de particulá.

ANG. ¿Qué es ello?

JUAN Haserle á usté una pregunta, ya que es usté de Madrí y conose mejó que yo toas esas cosas.

ANG. Pregunte lo que quiera.

JUAN Verá usté. ¿Cuánto tiempo tardará uno der campo en aprendé á hablá en fino y en sabé to eso de los saludos, de arterná con los caballeros y de tratá á las señoritas como las tratan los señoritos?

ANG. (Algo desconcertada.) Pues tardaría... ¡no sé, no sé!... ¡Según! Pero... ¿para qué quiere usted saber eso, Juan de Dios?

JUAN Yo me entiendo, Angelita, yo me entiendo.

ANG. Se entiende usted solo, porque yo...

JUAN Po es mu sensillo. Figúrese usted, es un suponé, que á mí se me antojara ahora aprendé to eso que le llaman trato de buena sosiedá, con su mijita de fransé y to. ¿Tardaría yo mucho en está en condiciones de poderle desí argo á una señorita sin hasé un papé ridículo?

ANG. ¿Y qué le iba usted á decir?

JUAN Pues esas cosas que salen del alma cuando uno encuentra en el camino de la vía á la compañera de su casa. Esas cosas que yo, por ejemplo, se las sabría decí á mi manera á una señorita de pueblo, y las entendería ar pelo; pero no á una señorita fina, porque se reiría de mí.

ANG. O no.

JUAN Fijamente que sí.

ANG. Es mucho asegurar. Pero, en fin, como sólo estamos hablando de suposiciones...

JUAN Suposisiones que podrían luego salí verdá.

ANG. ¡Cómo!... ¿se ha enamorado usted de alguna señorita?

JUAN ¡Quién sabe!... Yo lo que le pueo á usté desí es que desde hase cuatro días, desde el lunes por más señas, no pienso más que en un pueblo de esos grandes, con muchas luces, con mucho lujo, con alfombras y con señorones, con trajes de seda y con mucho ruío; pero un ruío alegre de ir y venir la gente en los paseos, de sonreirse y hablá los amigos sin asustarse de los coches ni der gentío; en un pueblo grande donde uno tenga sus

quereres y puea uno hasé su papé y presentarse en toas partes sin que le conoscan que ha llevao nunca puesto sajones y sin dá á entendé que ha nasío en la sierra entre chopos y alcornoques.

ANG. Extraño anhelo el suyo, Juan de Dios. ¿No le gusta á usted este gran espectáculo del campo?

JUAN Antes, sí; ya, no.

ANG. Pues para que usted vea lo que son las cosas: á mí esos pueblos grandes, con lo que usted sueña, me aturden y me marean. Esta majestuosa serenidad de la sierra, de sus montañas pardas, tienen para mí el mayor de los encantos. Y si encontrara quién como yo pensase, quién me entendiera y quién me considerara digna de ser la compañera de su casa, ni las más aterciopeladas alfombras ni las cúpulas mejor artesonadas cambiaría yo por la techumbre oscura de una cabaña ó el pavimento de yerba de una choza.

JUAN (Apasionado, cogiéndole las manos.) ¡Angelita!

ANG. (Con vehemencia.) ¡Juan de Dios! (Se miran un momento amorosamente.) ¡A qué seguir! Sé á dónde va usted á parar, y lo deseo tanto como usted; para mí un amor como el suyo sería mi felicidad, pero...

JUAN (Apasionado.) ¿Pero qué?

ANG. (Con temor.) Tal vez usted no...

JUAN ¿No qué...? Dígame usted qué tengo que hacer...

ANG. Antes de nada, escucharme: mi vida es un secreto...

JUAN ¡Me asusta usted! (Se escuchan unos rumores hacia la derecha.)

ANG. Viene gente. (Se separan.)

JUAN (Queriéndola retener.) ¿Y qué?

ANG. No. Vámonos á donde nadie nos oiga, donde nadie nos vea... á esta galería...

JUAN ¡Loco estoy pensando en ese secreto!

ANG. (¿Comenzará hoy para mí el gran día de la vida?) (Vase por la izquierda; Juan de Dios la sigue.)

ESCENA VIII

EFIGENIA, CARLOTA, DOÑA PURIFICACIÓN, DON JUSTO y DON ANTONIO, por la derecha; aparentan gran cansancio.

EFIG. ¡Jesús, qué cuestecita!

JUS. ¡Interminable!

CAR. (A don Antonio.) Debían ustedes colocar ascensores desde las Cabrerizas aquí. (Se van sentando, quedando de izquierda á derecha por este orden:

don Justo, Efigenia, Carlota, doña Purificación y don Antonio.)

PUR. Veremos qué nuevos enfermos nos trae hoy el coche.

CAR. Podían venir dos marqueses solteros.

EFIG. ¡Ojalá!

ANT. Pero tengan en cuenta que los marqueses que frecuentan los baños medicinales, son muy viejos, por regla general.

PUR. ¿Y eso qué importa?

JUS. Importa poco.

ANT. (Aparte á doña Purificación, dándole un empujoncito disimuladamente.) ¿No oye usted á su esposo, doña Purificación?

PUR. (Coqueteando.) ¡Quieto! No sea usted atrevido, que pueden vernos!

EFIG. ¿Habrá venido ya Juan de Dios?

CAR. (Mirando hacia la izquierda.) ¿No lo ves allí?

EFIG. ¡Es verdad! Está con Angelita.

CAR. ¡Es natural!

EFIG. ¡Pues se han fastidiado!

PUR. ¿Por qué lo dices, niña?

EFIG. Porque, seguramente, se fueron á la galería para estar solos y se les ha sentado junto don Andrés, el diputado, ese que padece del hígado.

ANT. ¡Pues están listos! Ya tienen tabarra hasta la hora del almuerzo! (Se oye un lejano cascabeleo, que se irá aproximando gradualmente.)

CAR. (Prestando atención.) ¿A ver? ¡Ya está ahí el coche del balneario! (Levantándose detrás de Efigenia y hablándole aparte.) ¡Oye! ¿Te traen eso?

EFIG. Sí; los dos tomos que nos faltan de la «Biblioteca alegre». Yo creo que el cochero habrá cumplido mi encargo.

CAR. ¡Dios lo haga, porque no sabes tú las ganas que tengo de leer «El secreto de la noche de novios»!

EFIG. ¿Pues y yo? (Se acercan á la puerta.)

PUR. (Levantándose.) ¡Vamos á ver quién llega! (Se une al grupo que está en la puerta esperando.)

JUS. (¡Con eso y conque venga una buena moza que supiera cantar al piano lo de «La Regadera», el delirio!)

ESCENA IX

DICHOS y PEPITA, por la izquierda.

PEP. (A don Justo.) ¿Ese es er coche?
JUS. ¡Sí, hermosa Maritornes!
PEP ¿Mari qué?
JUS. Tornes.
PEP. ¿Y eso qué es?
JUS. Un personaje bíblico. (La intenta pellizcar.)
PEP. (Separándose.) Güeno; pó déjeme usté á mí de personaje y de pellizquitos, miusté que le voy á dá una cachetá.
JUS. ¡Ingratona!
PEP. Que tié usté las manos mu largas y...
JUS. ¡Tonta!
PEP. (Yéndose hacia la puerta.) ¿Pero qué se habrán creío con una estos señoritos embarsamaos? (Cesan los ruidos del coche, suponiéndose que se ha detenido ante el zaguán.)
ANT. Poca gente viene, á juzgar por los equipajes de la capota. Si acaso un viajero.
PUR. ¡Qué lástima!
CAR. Con tal que sea joven...
ANT. ¡Sí, joven es! ¡Vedlo! (Todos observan.)
EFIG. ¡Qué facha!
PUR. ¡Parece un chulo!
ANT. ¡Es un torero!
JUS. (Que se ha acercado.) ¿Será el *Bombita?* ¡Ese es soltero también!
ANT. No. Yo no le conozco. Y viene cojo.
CAR. ¡Pobrecito!
ANT Voy á recibirle, como médico del establecimiento. (Vase.)
PUR. (A sus hijas.) Niñas, mucha discreción con el cojo y mucho tiento, que los hay que parece que se van á caer y se agarran ¡ay! que dan miedo. Y tú, Justo, obsérvalo bien y estúdialo á ver de... qué pie cojea.
CAR. ¡Ahí viene, ahí viene!

ESCENA X

DICHOS y MANUEL, joven novillero. Cojea un poco y se apoya en un bastón. Le acompaña CHANO, que entrará conduciendo dos maletas, una sombrerera, manta, etc. DON ANTONIO precede á Manuel.

ANT. Tenga usted la bondad. Por aquí.

MAN. (Saludando.) ¡Mu güenos días, señores! (Todos le devuelven el saludo con un «Buenos días» expresivo.)

ANT. (Presentándolas.) Una distinguida familia que pasa aquí temporada.

MAN. Me alegro de verlos güenos. ¿Están ustedes güenos? La familia güena, ¿eh?

JUS. Todos bien, muchas gracias. ¿Y usted?

MAN. Yo güeno, gracias. Es desí, güeno no; delicaillo con esto. (Se señala el muslo izquierdo.)

JUS. ¿Con qué?

MAN. (Señalándose de nuevo mientras ellas le observan con gran curiosidad.) Con esto.

CAR. (Aparte á su hermana.) ¿Con qué ha dicho?

EFIG. Con esto. ¡Yo no sé lo que es!

JUS. ¿Reumatismo quizás?

MAN. No señó. Esto es una corná, pero ya va bien. Fué al entrá á matá en tablas, que me queé en la suerte y... se queó er toro cormigo. Er muslo atravesao, ná más. Un mes en cama, tres corrías perdías y quince días aquí pa reponerme. ¡Como disen que estas aguas son tan güenas!...

ANT. ¡Oh! ¡Buenísimas! Tienen fama en toda España.

MAN. A mí me las ha recomendao un canónigo de Sevilla, que creo que tiene parte en er negocio.

ANT. ¡Don Alejandro! Sí, señor.

MAN. ¡Er mismo!

ANT. (Volviéndose hacia Pepita.) ¡Pepita! Prepara al señor un departamento en el piso bajo.

CAR. (Con viveza.) Junto á mi cuarto hay uno desocupado.

EFIG. Junto á nuestro cuarto querrás decir.

CAR. Así estará más acompañado y...

JUS. (A Manuel.) Dispénselas usted. Son unas chiquillas sin experiencia y dicen las cosas con la mejor buena fe del mundo.

MAN. (Sonriente y amable.) ¡Ya, ya me hago cargo! ¿Son hijas de usté?

JUS. Sí, señor, y de usted.

PUR. ¡Hombre!

JUS. ¡Jesús, qué *lapsus lingüe!* He querido decir para servir á usted.

MAN. Muchas gracias. (A don Antonio.) Tiene grasia er señorito éste. Y las niñas son muy guapitas, ¿verdad?

CAR. (A su hermana.) ¡Es muy simpático!

EFIG. (Idem.) Y tiene una fisonomía muy expresiva.

PEP. Conque ¿aónde quié usté dí, señorito? ¿Ar veinticinco ó ar cuarenta y uno?

MAN. Aonde tú quieras, morenilla, no siendo er trese.

ANT. Prepárale el veinticinco.

PEP. Anda, Chano. Lleva el equipaje al número veinticinco.

CHANO (Pasando cerca de Efigenia y diciéndola aparte.) Dice er cochero que lo de la «Noche de novio» se ha acabao, y que si quie usté «La camisa de Adán», que se la traerá.

EFIG. Bueno. Pero que nadie se entere, Chano.

CHANO No hay cuidao, señorita. (Vase por la izquierda seguido de Pepita.)

ESCENA XI

DICHOS menos CHANO y PEPITA

MAN. Tiene ange la camarera esa.

ANT. Algo ordinaria. Disimúlela usted.

MAN. ¡No! ¡Si á mí me gustan así, ar naturá, sin pamplinas ni cursilerías! ¿Y cómo dijo usté que se llamaba? (A don Antonio.)

ANT. Pepita.

MAN. (Como asustado.) ¡Josú!

ANT. ¿Qué?

MAN. ¡Qué fatalidá!

PUR. ¿Por qué?

MAN Porque me persiguen las Pepitas desde que era chiquillo. Más de quince novias he tenío que se llamaban así, y de resurtas de eso me sacaron los guasones de Seviya er mote que uso en los carteles.

PUR. ¿Por lo de las novias?

MAN. ¡Claro!... Como siempre he tenío tantas Pepitas alrededó, pó me pusieron *Melón Chico.*

PUR. ¡Tiene gracia! ¡Por las pepitas!

JUS. ¡Ah! ¿Usted es el *Melón Chico?*

MAN. Pa serví á usté.

JUS. ¡Hombre, qué honor! (A su familia.) Os participo que estamos en presencia del primer novillero de España, de una gloria taurina.

MAN. Se hase lo que se pué. Muchas gracias.

PUR. (Muy afectuosa.) Tanto gusto, señor de Melón...

MAN. Chico, ¿eh?

CAR. ¡No sea usté modesto! Y ojalá que le sea muy grata su permanencia en *Aguadulce.*

ANT. Pues cuando usted quiera procederemos al reconocimiento.

MAN. ¿Yo? ¡Ahora mismo!

ANT. (Abriendo la puerta pequeña de la derecha.) Pase usted un momento á mi despacho. Veremos la herida, le pondré á usted un tratamiento cómodo y antes de dos semanas curado por completo.

MAN. Pó vamos allá. Hasta ahora, señores. (Entran en el despacho.)

PUR. Hasta ahora.

JUS. Vaya usted con Dios.

CAR. (A su hermana.) A mí me gusta. ¿Y á tí?

EFIG. ¡Bueno! Puede pasar.

ESCENA XII

EFIGENIA, CARLOTA, DOÑA PURIFICACIÓN y DON JUSTO

JUS. Son muy originales los melones, digo, los toreros estos... Sí que se está formando en el balneario una colección de tipos que ya, ya.

EFIG. (A su hermana.) ¿Oiste á Chano?
CAR. No. ¿Qué ha dicho?
EFIG. Que no hay lo que le pedimos, pero que nos traerá un tomito que se titula «La camisa de Adán».
CAR. ¡Precioso!... Eso debe ser muy bonito.
EFIG. ¡Figúrate!

ESCENA XIII

DICHOS, ANGELA y JUAN DE DIOS, izquierda.

JUAN (Aparte.) ¡Que aún no me ha dicho usted ese secreto, Angelita!
ANG. (Aparte.) Ya ha visto usted que ha sido imposible. No había ocasión (Disimulando y saludando á las niñas) ¡Hola, amiguitas!
EFIG. (Afectuosa.) ¡Angela!
CAR. (Idem.) ¡Queridísima mía!
JUAN (Aparte.) ¿Pero qué secreto será ese?
JUS. (A doña Purificación.) Ahí la tienes.
PUR. Y con el galán ó lo que sea.
JUAN Mu güenos días tóos, señores.
EFIG. Bienvenido, Juanito de Dios.
CAR. Hola.
PUR. Salud y suerte, jóvenes.
JUAN Salú no farta y suerte tampoco.
JUS. Van bien las cosechas, ¿eh?
JUAN No van malamente, pero otras cosas van mejor.
PUR. Más vale así.
JUAN Y ar que le pese que reviente, y lo digo por ustedes.
PUR. ¡Claro está! (Continúan hablando en grupo.)
EFIG. Pues sí, amiga Angela; un tipo original, un torerillo muy guapito y muy simpático.
CAR. Ahora lo están reconociendo. (Se acerca á la puerta de la derecha.) Si pudiéramos verlo... (Se asoma á una rendija.)
EFIG. (Reprendiéndola.) ¡Carlota!
CAR. (Separándose de la puerta y contrariada.) No, si no se ve nada.

JUAN (Hablando con don Justo.) ¡Pó tiene eso grasia! Cuidao con llamarse *Melón Chico*...

JUS. No es muy raro el mote; hay otros más originales.

PUR. ¿Más que llamarse melón?

JUS. Sí, mujer. Ahí tienes al *Taponcito Chico*. ¡Me parece que...!

JUAN Pó ya tengo yo ganas de conosé ar gachó ese.

PUR. Es muy ocurrente. (Se entreabre la puerta de la derecha.)

JUS. Silencio, que él sale. (Todos miran hacia la puerta.)

ESCENA XIV

DICHOS y MANUEL

MAN. (Saliendo.) Perfectamente. (Como hablando solo.) Baños de pie por la mañana, masaje por la tarde... y... ¡una puñalaíta en un tobillo que le dieran ar ganaero que me echó aquer ma-

rrajo! ¡Güeno! (Alto) Ya me han reconosío, señores, y por lo menos en quinse días no sargo de aquí. (De pronto, reparando en Angela.) ¡Corcho!... ¡La Coralito aquí! (Acercándose con gran familiaridad.) Chiquilla... ¿Tú por estos barrios? (Asombro general. Angela queda inmutada.) ¿Aónde has estao metía desde la noche aquella der guantaso der conde? ¿Te acuerdas? ¡Qué grasia!... (Riendo estrepitosamente.) ¡Ja, ja, ja!

JUAN (Con asombro.) ¡Angela!

PUR. ¿Qué significa?

ANG. (En un súbito arranque de dolor y desesperada tapándose la cara con ambas manos.) ¡Dios mío! ¡Maldita! ¡Estoy maldita!

JUS. ¿Pero qué es esto?

ANG. ¡Con mis padres!... ¡Con ellos! ¡Con ellos! (Corre como una loca y desaparece por la izquierda. Tras de esta huida, suceden unos momentos de estupor general, de impresión honda y de inmovilidad.)

ESCENA XV

DICHOS menos ANGELA

MAN. (Asustado y suavizando su carácter cómico.) ¡Josú! ¿qué he hecho yo?

JUAN (Con fiereza amenazadora, avanzando hacia Manuel.) ¿Conose usté á esa mujé?

MAN. Hombre, yo sí; pero la verdá, no creí que... ¡vamos!... ¿yo qué me iba á figurá?...

JUAN ¡Hable usté sin rodeos!

MAN. Sin rodeos hablo. Mucho siento haber metío la pata, pero ya que he hecho er daño, lo dicho dicho está... Esa mujé...

JUAN ¡Qué! ¡Acabe usté! ¿Qué es esa mujé?

MAN. Una desgrasiá. Una de esas pobrecitas que viven vendiendo er cariño, ó por lo menos que vivía...

JUAN (Retrocediendo como un autómata y en el colmo del dolor y de la angustia.) ¡Er secreto!... ¡Ese era er secreto!...

JUS. ¡Juan de Dios! ¿Qué le pasa á usted?

CAR. ¿Se pone malo?

JUAN ¡No, no es na! (Como hablando solo.) ¡A tus cortijos, Juan de Dios, que la tierra es güena y er campo no engaña! (Marca el mutis.)

PUR. ¿Se marcha usted?

JUAN ¡Sí, pa no vorvé más en mi vía! ¡Marditas sean toas las mujeres engañosas, marditas sean! (Vase por la derecha.)

ESCENA XVI

DICHOS menos JUAN. Luego DON ANTONIO

MAN. ¡Pero tendré yo mala pata!

JUS. (Estupefacto como toda la familia) ¿Pero tú has visto? (A doña Purificación.)

PUR. ¿Pero tú has oído?

JUS. ¡Esto es increible! (Dirigiéndose á Manuel.) Joven, tenga usted la bondad de explicarnos...

JUS. ¡Se lo suplicamos á usted!

PUR (Iracunda.) ¡Súplicas, no! ¡Exigencias! ¡Se lo exigimos á usted!

MAN. ¡Señora!

PUR. ¡Sí, señor! Se lo exigimos á usted, porque va en ello el honor de nuestras hijas, la reputación intachable de dos ángeles que han estado en contacto estos días con ese aborto del infierno.

MAN. Po ya lo he dicho, señores. Es una de tantas que yo he conosío en Madrí; ahora que siempre ha sío muy encopetá...

JUS. Pero... lo del baile, ¿qué fué?

MAN. Una bronca que allí se armó entre unos señoritos, y á ésta le pegaron y la tiraron ar suelo.

PUR. ¡Jesús! ¡Es una perdida, una aventurera!

MAN. (¡Po sí que se asusta esta gente!)

PUR. ¡Y mis hijas que han paseado con ella y yo que he estado á su lado!... ¡Esto no puede ser! ¡Esto es intolerable!

EFIG. (Lloriqueando y abrazando á su madre.) ¡Mamá! ¡Qué vergüenza!

CAR. (Idem.) ¿Nosotras qué sabíamos?

PUR. (A don Justo.) ¿Qué opinas tú de esto?

JUS. (Enérgico.) Que si público fué el agravio á nuestros honrados sentimientos, pública ha de ser también la reparación.

PUR. ¡Muy bien dicho!

JUS. Y ahora mismo, de grado ó por fuerza, como sea, exigiremos que la arrojen del balneario, que la echen. (Se abre la puertecita de la derecha y aparece don Antonio.) ¡Hombre, llega usted á tiempo!

ANT. (Extrañado por la actitud seria y grave de los personajes.) ¿Qué pasa?

PUR. (Sin poderse contener.) Pasa que en los baños ocurre ..

JUS. (Interrumpiéndola severamente.) ¡Silencio! ¡Aquí hablo yo, yo que soy el jefe y el cabeza de familia!

ANT. (Más extrañado aún.) Pero...

JUS. (Con gran solemnidad.) Señor don Antonio: una circunstancia providencial acaba de ponernos en autos de que aquí, en este honrado establecimiento, se hallan escondidas en forma de mujer la procacidad, la perversidad y la inmoralidad.

ANT. (Asombrado.) ¡Don Justo!... ¿Qué dice usted? (A doña Purificación aparte, por tenerla al lado.) ¿Sabe algo?

PUR. (Aparte á don Antonio.) No. Habla de la otra.

JUS. Y como no podemos tolerar esto los que tenemos hijas inocentes y esposas honradas, yo le presento á usted el siguiente dilema: ó nos marchamos nosotros del balneario ahora mismo, ó ahora mismo ordena usted que arrojen de «Aguadulce» á la sierpe venenosa que aquí se cobija. ¡He dicho!

ANT. Pero... ¿de quién se trata?

JUS. De la señorita Angela, que es una señorita... *boro.*

ANT. (Sorprendido.) ¡Cómo!

JUS. (Señalando á Manuel.) ¡Ahí tiene usted á su acusador y al que la ha desenmascarado valientemente!

MAN. (Aparte y azarado.) ¡Vaya! Ya me metieron otra

vez en la colá... Y le disen á esto «Aguadulce». ¡Po no son muy amargas ni na las que yo estoy tragando!

ANT. (Á Manuel.) ¿Es cierto eso?

MAN. (Con trabajo y perdiendo el aplomo.) Sí, señó, y haserme er favó de no preguntarme ya más ná, porque lo voy á negá to y á desí que es una santa. Y como yo me arranque... (Haciendo ademán de tirarse á matar.)

JUS. (Retrocediendo asustado.) ¡No, si usted es un hombre honrado que ha cumplido á conciencia sus deberes cívicos!

ANT. Pues ya está resuelta la cuestión, señor don Justo. Puede usted tranquilizarse, porque esa joven será despedida de la casa inmediatamente. (Aparece por la izquierda el Padre Medina, que oye las últimas palabras de don Antonio. Viene con la teja puesta, balandrán y bastón.) Entre la honrada familia del secretario de la Junta provincial de Beneficencia y esa desgraciada, por no decir otra cosa, no es dudosa la elección.

ESCENA XVII

DICHOS y el PADRE MEDINA

P. MED. (Acercándose al grupo.) No, señor. La elección no es dudosa.

PUR. ¡El Padre Medina!

JUS. ¡Un aliado!

PUR. ¿Sabe usted?

P. MED. Lo sé todo, señora.

PUR. ¿Ha visto usted qué escándalo?

JUS. ¿Qué impudor?

EFIG. ¿Qué atrevimiento?

CAR. ¿Qué procacidad?

P. MED. (Con calma socarrona.) Todo, todo lo he visto. Ya sé que en esta bendita casa hay grandes procacidades, tremendos atrevimientos, impudores temerarios y escándalos inauditos. Y esto... ¡esto no puede ser, señores!

JUS. ¡Claro que no puede ser!

PUR. ¡Habla usted como un padre de la Iglesia!

P. MED. No. Los padres de la Iglesia quizá no hablaran en este caso. Es más verosímil creer que, enmudecidos por la ira y esgrimiendo un látigo, entraran al asalto en «Aguadulce» y no dejaran títere con cabeza. Y vamos por partes. (A Manuel.) Usted, joven imprudente, ¿encuentra reprobable la conducta de... de esa señorita?

MAN. (Humillado por la autoridad del Padre Medina.) Yo, pare cura, creo que de una desgrasia así no está libre nadie y... (Por Justo.) er señó que tiene hijas lo pué desí.

JUS. ¡Yo siempre estaré libre de eso, señor mío!...

P. MED. ¿Y usted qué opina del caso, doña Purificación?

PUR. ¡Que debemos ser implacables en la condenación del vicio!

P. MED. ¿Y usted? (A don Justo)

JUS. Opino como mi esposa.

P. MED. (Á las niñas.) Y vosotras opinaréis como papá, ¿no es así?

EFIG. Así es, Padre Medina.

P. MED. (Á don Antonio.) Y usted, ni que decir tiene; compenetrado como está con doña Purificación, opinará lo mismo, ¿eh?

ANT. ¡Claro!

P. MED. ¡Naturalmente! Bueno, pues como nadie quiere á la pobre Angela y es irremediable su lanzamiento de esta casa, ella se adelanta á los deseos generales, y se va, se va ahora mismo. Y se va para nó darles á ustedes el gustazo de que la echen. (Mira hacia la izquierda.) ¡Ahí viene! (Movimiento general de disgusto. Se replegan todos á la derecha, menos el Padre Medina.) ¡No huyan ustedes, que no es el coco! Ahí viene, y yo os digo como Cristo: «El que esté limpio de pecado, que le arroje la primera piedra.»

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ANGELA. Aparece con traje de viaje y un velo oscuro que le cubre la cara

MAN. (Aparte al verla.) ¡Pobre muchacha!

P. MED. ¡Nadie te quiere! ¡Todos te abandonan, hija mía! Es decir, todos no, porque yo te ampa-

ro y tus padres te aguardan en Cañaverales. (Volviéndose al grupo.) Yo, yo me la llevo, cristianísimos señores, y ya que no tenéis piedad de ella, (Irónico.) tenedla de mí y absteneos de murmurar cuando yo vuelva las espaldas.

JUS. Pero, ¿se atreve usted á eso?

P. MED. Y á mucho más. Fué mala, es cierto, pero ya es buena porque está arrepentida, y yo la he perdonado en nombre de Dios que es el que todo lo perdona.

PUR. ¿Perdonarla?

P. MED. ¡A lo que está obligado todo el que es bueno!

JUS. ¡Oh! ¡Ya le pesará á usted!

P. MED. ¿Va usted á denunciarme al señor Obispo?

JUS. Lo ha adivinado.

P. MED. Pues en ese caso, yo invito á usted á que someta varias cuestiones al alto criterio de su ilustrísima, entre ellas, si es lícito ó no aplaudir los couplets de «La Regadera» y otras cosas, doña Purificación, que no son del todo... regulares. (Medio mutis.)

JUS. (Confundido.) ¿Eh? ¿qué dice?

PUR. (Aparte y azoradísima.) ¿Qué sabrá?

P. MED. (Volviéndose como al que se le olvida algo y sacando del bolsillo el librito que recogió de manos de Pepita.) ¡Ah!... Toma, Efigenia, tu librito con los «cuentos de Bocaccio», y (A Justo.) procure usted, cristiano señor, que sus niñas recen el rosario al acostarse. (Á Ángela, amparándola con el brazo.) ¡Vámonos, hija mía! (Al grupo.) ¡Lo que nadie quiere me lo llevo yo! ¡Esa es mi misión en esta tierra! (Se dirigen hacia la derecha y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Miguel Mihura Alvarez

Por un millón, apropósito cómico-lírico en un acto, en colaboración con Rafael Meléndez, música del maestro Pérez Ayala.

La golondrina, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con Rafael Meléndez, música de los maestros Girau y Broca.

Los zapatos, juguete cómico en un acto.

¡*Guerra á los yankees*!, drama en tres actos y en verso.

¡*Triquitraque*!, disparate cómico.

El niño de los tangos, boceto de sainete, con música de los maestros Castilla y Gosset.

Cara-Chica, boceto de comedia en un acto, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Castilla.

Sal de espuma, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en colaboración con Ricardo González, música de los maestros Penella y Castilla.

El centurión, sainete lírico en un acto, en colaboración con Joaquín Navarro y Manuel L. Cumbreras, música del maestro Padilla.

Lo que nadie quiere, comedia en un acto, en colaboración con Miguel Rey.

Precio: UNA peseta